



Comentario bibliográfico

Sabato, Hilda: *Historia de la Argentina, 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

María José Navajas

CONICET/Instituto Ravnani/Pehea

mjnavajas@hotmail.com

Este libro integra la nueva colección de la *Biblioteca Básica de Historia* dirigida por Luis Alberto Romero. Dicha colección se propone narrar la historia argentina desde los pueblos originarios hasta el siglo XX teniendo en cuenta los últimos avances registrados en el campo de la investigación histórica. El texto que aquí consideramos cumple acabadamente con ese propósito y, sin ser una obra de divulgación, también permite al lector no especializado comprender los principales adelantos y las nuevas problemáticas desarrolladas por la historiografía más reciente.

El período que habitualmente fue denominado de “organización nacional” es presentado por Hilda Sabato como una etapa atravesada por conflictos donde se expresaron proyectos políticos distintos que exigieron acuerdos y reformulaciones que no estaban contemplados de antemano. Ya en el primer párrafo la autora advierte que un requisito insoslayable para comprender el período 1852-1890 consiste en dejar de lado la imagen actual a la que refiere la República Argentina. Entre la desarticulación del régimen rosista y la crisis de 1890, apunta Sabato, el cambio fue drástico: una confederación de catorce provincias unida por vínculos formales pero provisorios, que abarcaba un territorio de no más de un millón de kilómetros

cuadrados, se convirtió en un Estado nacional con una Constitución federal que controlaba una superficie casi tres veces mayor. Desde el punto de vista territorial, social, político y económico se produjeron profundas modificaciones que no siguieron un recorrido lineal, sino que estuvieron sujetas a disputas, eventualidades y peripecias. Los resultados de ese proceso “fueron tanto producto de las transformaciones estructurales que atravesaba la Argentina como de las fuerzas coyunturales y las contingencias de cada momento” (p. 11). Y al final de ese recorrido pueden apreciarse logros materiales y consolidaciones institucionales, pero también nuevos desafíos y fuertes incertidumbres.

El libro está organizado de acuerdo con un criterio cronológico y con un enfoque en el que se privilegia la dimensión política. Dicha dimensión refiere a dos ejes principales: por una parte, los proyectos y ensayos a través de los cuales se dio forma al nuevo Estado y, por otra, los mecanismos de construcción y legitimación de la autoridad política. También se incluyen algunos apartados referidos a las dimensiones económicas y sociales pero sin establecer jerarquías explicativas que desde tiempo atrás han sido fuertemente cuestionadas por la historiografía. La separación en capítulos sigue el ritmo de los mandatos presidenciales, aunque no de manera estricta ya que incluye un análisis de los procesos por los cuales se dirimió, en cada caso, la sucesión.

El primer capítulo aborda la coyuntura inmediata a la batalla de Caseros: allí la autora subraya que el éxito logrado por Urquiza “sorprendió a muchos contemporáneos y despertó confusión, temores y expectativas, sobre todo en Buenos Aires” (p. 19). En las páginas siguientes, esa provincia constituye el foco de la narración. Allí, en un corto período de tiempo, las tensiones entre la dirigencia porteña y el mando de Urquiza derivaron en la acción armada y la separación de Buenos Aires. El resto de las provincias, entretanto, decidieron aceptar el liderazgo del gobernador de Entre Ríos para llevar adelante la sanción del texto constitucional. Esto se resolvió “en un clima tranquilo, con pocos debates sustantivos y una celeridad sorprendente” (p. 39). Sabato define el hecho mismo de la Constitución como una “novedad radical” que, si bien apeló a tradiciones y acuerdos previos, esbozó una serie de instituciones que implicaban una “apuesta riesgosa” de la que “nadie podía aventurar cuál sería su destino” (p. 42).

Los capítulos 2 y 3 examinan el mismo período, pero en distintos escenarios. El 2 aborda la primera etapa de la Confederación Argentina y el 3 desarrolla las alternativas de la vida política porteña. Los años que siguieron a la sanción de la Constitución de 1853 se analizan a partir de dos cuestiones: por un lado, las definiciones que fueron configurando un nuevo ordenamiento político y el establecimiento del gobierno central; por otro, el conflicto de Buenos Aires, en tanto factor que gravitó y condicionó la dinámica y los alcances de lo primero.

La presidencia de Urquiza es caracterizada a partir de la heterogeneidad de su gabinete de ministros y colaboradores: federales de distintas tendencias, ex unitarios, emigrados del rosismo y porteños disidentes, hombres que reunían saberes y experiencias disímiles y que se comprometieron con el proyecto de una República federal, pero que también aportaron al debate y la discrepancia. El análisis de la gestión de gobierno describe realizaciones en tres rubros principales que, según Sabato, fueron los privilegiados por la administración urquicista: 1) la consecución de recursos económicos, 2) el establecimiento de relaciones diplomáticas y 3) la formación de fuerzas militares subordinadas al ejecutivo federal. En esos tres rubros “el gobierno desplegó políticas para construir la soberanía estatal nacional, a contrapelo de las tendencias heredadas y de los intereses locales, y en el marco de una amenaza permanente de conflicto armado con la rebelde Buenos Aires” (p. 56). La conclusión es que los resultados siempre fueron menores a los esperados debido a que el gobierno central carecía de los recursos necesarios para imponer su potestad sobre las soberanías provinciales.

La segunda parte del capítulo examina las características de la reactivación de la vida política en los escenarios provinciales. Aquí Sabato sigue las investigaciones más recientes que han permitido desentrañar una dinámica política en la que el espacio regional tenía una gravitación significativa y en la que la movilización electoral derivaba fácilmente en acciones violentas legitimadas en el derecho del ciudadano a armarse. Tales situaciones revelaban el fracaso de la premisa de “fusión de partidos” que Urquiza había anunciado luego del triunfo en Caseros. Si bien desde el ejecutivo federal se habían instrumentado medidas para subordinar a los poderes locales y apaciguar los conflictos, la capacidad de intervención era muy limitada, y esa realidad se acentuó con la intensificación del conflicto entre la Confederación y Buenos Aires.

El capítulo dedicado a esa provincia describe los rasgos de la escena pública porteña y examina sus dos expresiones principales: los clubes políticos y la prensa periódica. También menciona las transformaciones económicas y sociales y los recursos que controlaban las autoridades porteñas frente a la penuria casi crónica de las arcas del gobierno de la Confederación. Luego se refieren las alternativas cambiantes de la relación entre esos dos gobiernos y la reforma constitucional de 1860. El capítulo cierra con un análisis de la coyuntura enmarcada entre las batallas de Cepeda y Pavón y destaca el nuevo panorama de incertidumbre que se planteaba luego de la derrota de la Confederación: “la batalla [de Pavón] dejó un triunfador, pero la guerra no estaba ganada aún” (p. 88).

El capítulo 4 abre con el avance del ejército de Buenos Aires sobre las provincias y describe la posición asumida por Mitre que lo llevó a diferenciarse de una parte importante del liberalismo porteño. En las siguientes páginas se examinan varios temas, mostrando los matices y complejidades del escenario post Pavón. En primer lugar, se ensaya una caracterización del enfrentamiento entre liberales y federales y se analiza la dinámica del conflicto político en las diferentes provincias, definida en gran medida por la lógica local y regional. Desde esa perspectiva, Sabato define al gobierno mitrista como un ordenamiento político escasamente centralizado y basado en la articulación de regímenes provinciales. Pero también se examinan los avances en la construcción estatal precisando alguna de sus limitaciones más importantes (establecimiento de una capital, conformación del poder judicial y de un ente unificado de recaudación, etc.). Además, se detalla la expansión de los instrumentos de comunicación y transporte, así como de la producción y el comercio.

En este punto, Sabato explicita la concepción imperante acerca del Estado en tanto promotor del progreso y aquello que se mencionaba como su principal obstáculo: el desorden político. Bajo esa premisa, una estrategia fundamental para afrontar el problema del “desorden” fue el fortalecimiento de la capacidad militar del gobierno nacional. Esa capacidad se puso a prueba de manera casi permanente durante la gestión de Mitre, entonces, la continuidad de las confrontaciones armadas obligó a disponer de una importante cantidad de recursos, humanos y materiales, para la formación de un ejército nacional.

En el capítulo 5 dichas cuestiones se analizan pormenorizadamente. En la primera parte, se examinan los conflictos internos que abarcaron desde levantamientos federales hasta disputas entre los propios liberales. Como bien señala Sabato, la fuerza “fue un recurso habitual en la vida política de estos años, legitimado por principios más viejos o más nuevos, (...) así como por la costumbre, que había convertido a las armas en un instrumento de acción —entre otros— en las disputas políticas que jalonaron la primera mitad del siglo XIX” (p. 131). Sin embargo, el extendido uso de la violencia y la crueldad que se expresó en la represión de las montoneras federales también fue tema de polémica en esos años y, paulatinamente, el poder judicial asumiría un papel más importante como instancia institucionalizada de castigo.

La segunda parte del capítulo, bastante más extensa, se dedica a analizar la “gran guerra” en la que se enfrentaron Argentina, Uruguay y Brasil contra Paraguay. Sabato subraya tres aspectos de este enfrentamiento: su prolongación e impacto destructivo, sus características armamentísticas y logísticas y su trascendencia para la definición del mapa geopolítico de la región. Sobre la base de la historiografía más reciente ofrece una explicación sobre los orígenes del conflicto y su desarrollo. En cuanto a lo primero, se pone de relieve la dimensión regional de las disputas y se minimiza el papel de las grandes potencias como Inglaterra o Francia (factor privilegiado en las narraciones de la corriente revisionista). En lo que se refiere al desarrollo de la conflagración, la atención se centra en la participación argentina, detallando el impacto de la guerra en el plano económico, político y militar.

Los capítulos 6 y 7 abordan el sexenio que se abre con la presidencia de Sarmiento. El primero analiza las alternativas de la sucesión presidencial y las bases de la candidatura del sanjuanino, destacando la importancia de las provincias. Allí “se desarrollaba el juego electoral bajo la influencia de los grupos locales, pero también de los actores que operaban por fuera de ellos, a escala regional y nacional” (p. 181). Entre esos actores, los jefes militares desempeñaron un papel protagónico, con márgenes significativos de autonomía respecto del gobierno central. Justamente, uno de las materias privilegiadas durante la gestión de Sarmiento sería la profesionalización de las fuerzas armadas y su subordinación al ejecutivo nacional. Ese tema, junto con el desarrollo de las comunicaciones, la política educativa, el fomento a la inmigración y la colonización, así como la implementación del primer censo nacional, completan el capítulo.

El capítulo 7 considera tres cuestiones: 1) las características de la vida política, en especial la expansión del asociacionismo y de la prensa periódica, con un marcado énfasis en el caso porteño; 2) la relación gobierno nacional-provincias a partir de algunos casos puntuales como Entre Ríos y Santiago del Estero, y 3) la sucesión presidencial y el levantamiento mitrista de 1874. A partir de estas cuestiones puede apreciarse el fortalecimiento del gobierno central que, a través de variados recursos y de estrategias de coacción y consenso, comenzaba a establecer su potestad sobre los gobiernos provinciales.

El capítulo 8 examina la presidencia de Avellaneda que, a pesar de las diferencias de estilo, implicó una continuidad en cuanto al proceso de centralización. Dicho proceso enfrentó renovadas resistencias que, en el final del mandato presidencial, derivaron en un nuevo enfrentamiento armado entre las fuerzas de la nación y las milicias de Buenos Aires. Esas resistencias, según Sabato, expresaban una forma diferente de entender el ordenamiento político delineado por la Constitución nacional.

En esta sección también se revisan los otros frentes de inquietud que afectaron la gestión de Avellaneda: la crisis económica internacional y las tensiones diplomáticas con Chile y Brasil. En ese contexto, se aprecia la continuidad de las políticas públicas ya planteadas por Sarmiento (educación, comunicaciones, inmigración) y el impulso renovado para atender el tema de la frontera con los pueblos aborígenes. Este asunto es abordado en extenso sobre la base de varias investigaciones recientes. Finalmente, en lo que respecta a la política interna, se destaca el análisis de la “Conciliación de los partidos”, impulsada por el propio Avellaneda con el objetivo de apaciguar la disputa política y reincorporar al mitrismo a los ámbitos de participación institucional mediante un acuerdo entre las cúpulas partidarias.

El inicio del capítulo 9 está dedicado al fracaso de la conciliación avellanedista y el desarrollo del enfrentamiento armado entre Buenos Aires y el gobierno central. La derrota de la más poderosa de las provincias es analizada como un episodio fundamental dentro del proceso de consolidación de un modelo de Estado fuertemente centralizado. La confrontación es examinada con bastante detenimiento y recoge las conclusiones principales de un estudio previo de Sabato.¹

1 Sabato, Hilda: *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Luego, el capítulo avanza sobre el desenlace del enfrentamiento que habría implicado un cambio significativo en los términos de la confrontación inicial: de una rivalidad en torno a las candidaturas se pasó a “la cuestión decisiva del papel del Estado nacional y la autonomía de las provincias, y en particular la de Buenos Aires” (p. 281). Dicha cuestión quedó expresada en los temas que fueron tratados por el Congreso durante las semanas siguientes: la potestad exclusiva del gobierno nacional para movilizar tropas y la federalización de una parte del territorio de Buenos Aires. Sabato señala que, si bien el debate fue intenso, finalmente se convalidó el modelo de Estado más centralista.

Ya bajo el mandato de Roca, ese modelo se fortaleció en virtud del contexto de prosperidad económica. Los principales rubros que examina Sabato son el control del territorio mediante la expansión de la red de comunicaciones y el reparto de las tierras recientemente conquistadas, los avances en la unificación monetaria y fiscal, el establecimiento de la ley de educación primaria y las modificaciones a la traza urbana de la capital de la nación. A su vez, el roquismo enfatizó con mucha más contundencia que sus predecesores, la necesidad del orden y le otorgó un significado distintivo que exigía el “desplazamiento de las antiguas formas de hacer y entender la política fundadas en la retórica y las prácticas de agitación republicana, propias de las décadas precedentes” (p. 288). Aunque los cambios en esta materia no serían tan contundentes como se auguraba en los discursos presidenciales, Sabato considera que a partir de entonces la vida política argentina adoptó un derrotero que la distanciara de las tradiciones y prácticas que habían distinguido el período de construcción de la república.

El décimo capítulo analiza la sucesión presidencial de 1886, las disputas internas del Partido Autonomista Nacional y las características de la gestión encabezada por Miguel Juárez Celman.² Allí se describe un panorama político en el cual la hegemonía lograda por el PAN no excluía los conflictos, sobre todo al momento de dirimir las candidaturas y conformar una base de poder propia. En este sentido, una herramienta principal de la gestión juarista fue la multiplicación del gasto público y una política de descentralización de los recursos financieros.³ Por otra parte,

2 La base de ese análisis es la última obra de Alonso, Paula: *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

3 Esta cuestión es desarrollada en el libro de Gerchunoff, Pablo; Rocchi, Fernando y Rossi, Gastón: *Desorden y*

aquellos grupos que no adherían de manera estricta al presidente fueron desplazados, en algunos casos de manera violenta, como ocurrió en Tucumán y Mendoza.

Las primeras turbulencias para el gobierno juarista comenzaron a registrarse a mediados de 1889. Las señales iniciales de la crisis económica fueron acompañadas por una paulatina reorganización de la oposición bajo el impulso de sectores de la juventud universitaria y el acicate de los principales diarios. El desenlace, marcado por una profunda crisis económica y una nueva acción armada contra el gobierno nacional, implicó un quiebre del orden que había funcionado como un tópico clave para la legitimidad del régimen. Los párrafos finales del capítulo señalan las incertidumbres que se avizoraban luego de la renuncia del presidente y del descalabro económico imperante. Según Sabato, ese quiebre no sólo implicó un sacudimiento del principio del orden como referente de legitimación, sino que además abrió “el terreno para la puja en torno a los valores que debían respaldarlo en el futuro” (p. 329).

Como balance final hay algunos puntos para subrayar. El libro representa un excelente resumen histórico del periodo y también es una notable reseña historiográfica de los enfoques y aportes más recientes de la historia política. En los últimos treinta años, la historia política se ha visto profundamente renovada y la propia Sabato ha desempeñado un papel fundamental en esa innovación. En este sentido, la obra se destaca porque restituye al análisis histórico el peso de la contingencia e imprevisibilidad y pondera la noción de “experimento” para revisar las decisiones asumidas por los actores en esas circunstancias. De esta manera, la narración que se hace de los sucesos cuestiona las lecturas lineales y pone en primer plano las disputas y controversias que fueron moldeando el proceso histórico. A su vez, la incorporación de varias investigaciones centradas en el espacio local o regional supone un cambio sustantivo frente a las miradas, hasta no hace mucho predominantes, donde el protagonista excluyente es el gobierno nacional y, específicamente, el ejecutivo federal.⁴ Por último, hay que mencionar la importancia otorgada a

progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905, Buenos Aires, Edhasa, 2008.

4 La obra coordinada por Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez ofrece un panorama bastante completo de tales investigaciones. Con respecto al proceso de conformación del Estado nacional argentino, se señala: “al desplazar el foco de atención del centro a la periferia y al modificar la escala de observación de la dinámica del poder que dio origen a ese resultado, emergen imágenes mucho más complejas de las formas (...) que rigieron los vínculos entre poderes locales y poder central en la edificación del poder político”. Bragoni, Beatriz y Míguez, Eduardo: *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos, 2010, p. 10.

varios temas que sólo han merecido una atención menor en las obras generales, entre ellos se destacan los levantamientos armados y la guerra contra Paraguay. Esos episodios son revisados en distintas investigaciones que reflexionan acerca del papel de la violencia en la historia política latinoamericana.